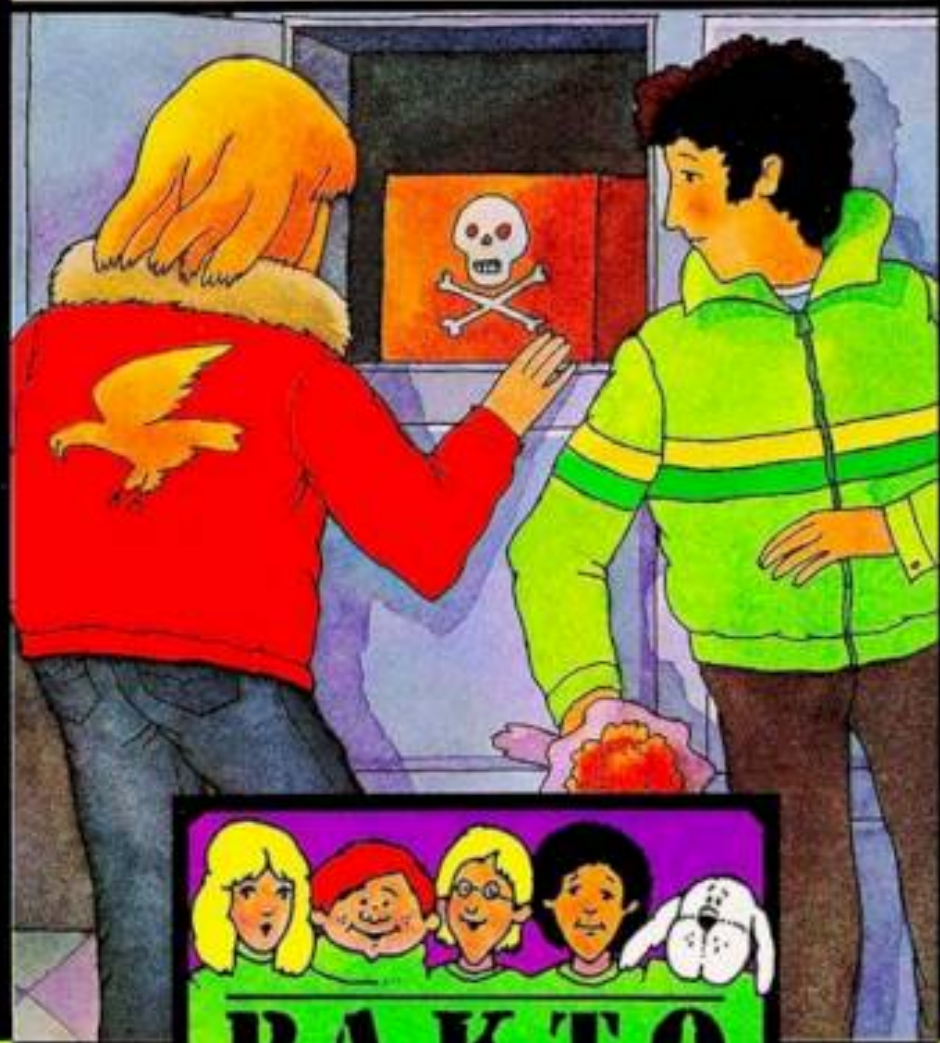


EL MISTERIO DE LA STEFAN WOLF CALAVERA



En una tarde fría de invierno, Tarzán ayuda al anciano coronel Grewe contra dos atracadores en el parque municipal; todavía no se imagina que éste es el principio de una peligrosa aventura. Tarzán encuentra después una bolsa de cuero con los utensilios que suelen utilizar los drogadictos. El misterio se va aclarando poco a poco cuando los cuatro amigos de PAKTO observan a su compañero de clase Daniel Egge con Nariz Rota, un verdadero gángster, que esconde un extraño paquete con una calavera en una consigna de la estación. Esta aventura llega a convertirse en un verdadero caso para PAKTO, porque están tras la pista de una banda de traficantes de drogas sin escrúpulos, una banda que no retrocede ante ningún delito y que arroja a los jóvenes a la miseria.

Las aventuras se suceden una tras otra hasta que Tarzán y sus amigos logran acercarse al misterio, ocurre una siniestra noche en el cementerio del oeste.

Un caso para PAKTO.

STEFAN WOLF

EL MISTERIO
DE LA
CALAVERA

un caso para ...

Patitas

Albóndiga

Karl
Tarzán
Oscar



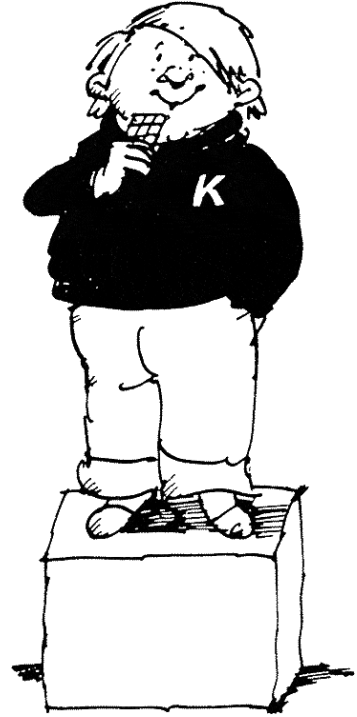
PATITAS

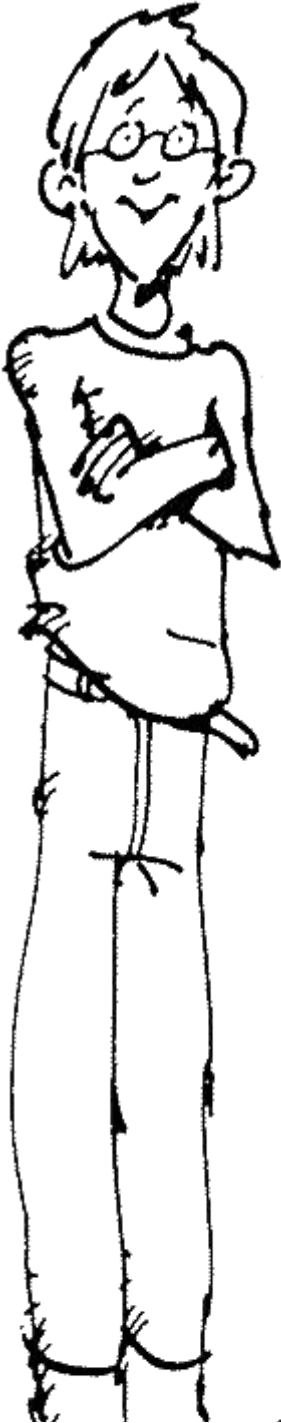
Su nombre es Gaby Glockner. Es gran amante de los animales y no hay perro que vea al que no le pida la patita; por eso la llaman «Patitas». Es la única chica de PAKTO. Lllaman así a la banda por las iniciales de los nombres de sus miembros: Patitas, Albóndiga (claro, también se trata de un apodo), Karl, Tartzán y Oscar, éste es el perro de Gaby. «Patitas» tiene el pelo casi dorado, sus ojos son azules, de largas y oscuras pestañas. Es tan guapa que a veces Tartzán no puede ni mirarla, se pondría colorado. Le tiene mucho cariño, pero Gaby no es nada presumida, sino todo lo contrario: participa en cualquier aventura que se presente. Los tres chicos siempre cuidan

de ella, especialmente cuando hay algún peligro. En esas ocasiones difíciles, Tartzán se preocupa mucho. Gaby vive con sus padres en la ciudad, pero acude a clase de 8.º B en un internado. Su padre es inspector de policía, su madre lleva un pequeño supermercado. Es una insuperable nadadora, y obtiene muy buenas notas en inglés.

ALBÓNDIGA

Es un tipo estupendo, del que no habría ninguna queja si no fuese tan goloso. Una tableta de chocolate es su debilidad. Y mucho más para él si son dos, tres, e incluso cinco tabletas. No nos sorprenderá, por tanto, que Willi Sauerlich (ése es su nombre verdadero) se ponga cada vez más gordo y no practique ningún deporte. Junto con Tarzán —a cuya clase también va él— ocupa en el internado la habitación NIDO DE ÁGUILAS. A los padres de Albóndiga, que son muy ricos y viven en la misma ciudad, no les parece mal que el chico prefiera estar con sus compañeros a estar en casa, pues allí hay más acción, ocurren más cosas, dice él. Su padre es fabricante de chocolate y tiene un Jaguar de doce cilindros. En el fondo, Albóndiga desearía ser tan delgado y deportista como Tarzán.





KARL, LA COMPUTADORA

Va a la misma clase que Gaby —a la de 8.º B—, aunque él tampoco está interno, sino que vive con sus padres en la ciudad. Se apellida Vierstein y su padre es profesor de Matemáticas en la Universidad. Probablemente ha heredado de él su fabulosa memoria, porque es capaz de retener cualquier cosa como si fuera una computadora. Karl es alto y delgado, y cuando algo le enfada, empieza a limpiarse los cristales de sus gafas. En una pelea, por desgracia, la memoria sirve para muy poco; en ese caso mejor sería tener buenos músculos, pero como no los tiene, es preferible que se quede en segundo plano a luchar con las armas de su cerebro. Eso sí, jamás se le ha podido tachar de cobarde.

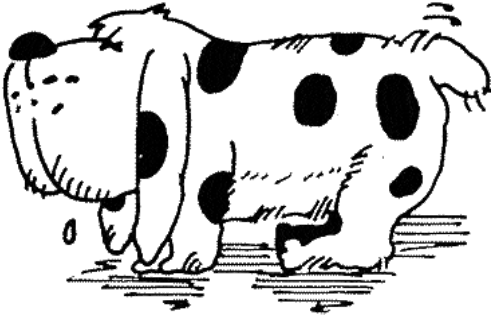
TARZÁN

Es el jefe de la banda PAKTO, compuesta por nuestros cuatro amigos. Su verdadero nombre es Peter Carsten, pero casi nadie le llama así. Tarzán, de 13 años y medio, siempre está bronceado y es un magnífico deportista, sobre todo en judo, voleibol y atletismo —esto último y, especialmente, correr es lo que más le gusta—. Es un muchacho de oscuros y rizados cabellos, y desde hace dos años vive en el internado. Está estudiando también 8.º de Básica en el grupo B. Su padre, ingeniero, murió hace seis años en un accidente. Su madre trabaja de contable, y sólo con muchos esfuerzos consigue reunir el dinero suficiente para pagar los gastos del colegio; pero nada le parece bastante para su hijo. Tarzán se lo agradece con buenas notas, aunque nadie le tomaría tampoco por un empollón. Todo lo contrario: él siempre es el primero en participar cuando hay que empezar una aventura en algún sitio. Las injusticias le sacan de quicio, y



por eso, no teme arriesgar su vida por los demás.





OSCAR

Y, por último, Oscar. Es el perro de Gaby: un cocker spaniel blanco y negro. Por desgracia, con un ojo no ve, pero lo huele todo, en especial los pollos asados. Gaby lo

quiere mucho. Lo sacó de la perrera municipal. Alguien sin corazón lo dejó abandonado, atado a la papelera de un área de servicio de la autopista.

1. El robo

El viento hacía sonar las desnudas ramas de los robles. La nieve se desprendía de los abetos, cayendo con un húmedo chasquido en el solitario sendero del parque de la ciudad. Un trozo de nieve helada le cayó encima a Tarzán, se le metió por el cuello y le bajó por la espalda. Éste se detuvo sorprendido. Luego se echó a reír y se sacudió en seguida. De repente, estiró el cuello porque había oído algo, escuchó atentamente.

—¡Socorroooo! ¡Socorroooo!

Unos segundos después, el viento sacudía de tal manera las ramas de los árboles, que no sabía si había oído realmente esa fina y lejana voz o si era solamente el aire el que sonaba en la soledad invernal, como el aullido de los lobos o como un gemido fantasmal.

Tarzán se puso en marcha. Había que averiguar cuanto antes lo que pasaba. La curiosidad y la valentía le caracterizaban tanto como sus largas piernas. Corriendo, dobló una curva del camino.

Lo que vio le dejó sin respiración.

Hasta las ardillas y los gorriones parecían protestar de indignación, o al menos, a Tarzán le dio esa sensación. Incluso la naturaleza se escandalizaba por la brutalidad y la afrenta que se estaba cometiendo contra un anciano.

Se defendía, pero era ya muy viejo y poco podía hacer contra los dos muchachos que le atacaban. Uno de ellos le había agarrado por la espalda y el otro le daba de puñetazos en el pecho. Entonces, con un certero y ensayado golpe, le pudo arrebatarse la cartera.

—¡Alto!

Tarzán no había querido gritar, pero la orden le salió por sí sola. Los dos muchachos se quedaron petrificados. Ha-

ciendo un brusco movimiento, volvieron sus cabezas hacia Tarzán: no se les veía el rostro.

Se habían colocado medias de malla en la cabeza, tras de las cuales destacaba el blanco de los ojos.

Sin embargo, no cabía duda de que se trataba de chicos jóvenes. Iban con pantalones vaqueros, botas de nieve y anoraks forrados. Eran algo más altos que Tarzán, que contaba trece años y medio.

Las manos del más fuerte de los dos muchachos estaban embutidas en unos guantes de piel roja semejantes a los de boxeo, pero Tarzán sabía que se trataba de un tipo de guantes de esquiar de los más caros que hay en el mercado, y que sólo era posible adquirirlos en las mejores tiendas de deporte.

—¡Es un robo! —exclamó el anciano; las rodillas le habían fallado, pero el enmascarado aún le sujetaba—. ¡Ve a buscar ayuda!

Su pierna derecha se escurrió, golpeándose contra el grueso bastón tirado en la nieve.

«¿Ir por ayuda?», pensaba Tarzán. «Yo soy suficiente ayuda. Al fin y al cabo, ya he obtenido el cinturón azul de judoca. Pero eso no se aprecia a primera vista, claro».

Siguió corriendo hacia el grupo sin reducir su velocidad.

—¡Lárgate! —le gritó el muchacho más robusto. Parecía desconcertado.

«Me ha reconocido», pensó Tarzán fugazmente. «Seguro que me conoce y...».

No pudo seguir con sus suposiciones.

El chico fuerte le estaba esperando con la misma actitud de un boxeador.

Pero el rotundo puñetazo que dio golpeó el vacío. Tarzán le agarró rápidamente de un brazo y el chico salió volando por los aires. Lanzó un grito de dolor: sentía su brazo igual de retorcido que cuando se ha escurrido una toalla. Tarzán no le soltó hasta que no le hubo tirado contra el sue-

lo, lo hizo con la misma ligereza que si se tratase de un saco de harina. Vencido, allí se quedó tumbado.

—¡Cuidado, chico! —gritó el anciano.

Tarzán se giró al momento.

Pero le faltó tiempo. El puño del otro ladrón le dio en la frente. Durante unos instantes Tarzán vio las estrellas: estrellas rojas, verdes y azules bailaban ante sus ojos en una fantástica danza.

Pero no en vano Tarzán era uno de los mejores deportistas del gran internado. Destacaba sobre todo en voleibol, judo y carreras de velocidad. Podía confiar por completo en sus reflejos y en sus músculos.

Las estrellas se esfumaron de su cabeza y Tarzán volvió a recuperar su visión. Pudo ver, entre otras cosas, cómo el anciano se inclinaba para recoger su pesado bastón.

El enmascarado le intentó dar un nuevo puñetazo, pero Tarzán esquivó el golpe. Un momento más tarde los dos se revolcaban en la nieve. Tarzán era muchísimo más fuerte y hubiera podido reducirle sin tener que recurrir a las técnicas de judo.

Agarrando los extremos del anorak del muchacho, puso en práctica una efectiva y certera llave de judo.

—¿Te rindes? —preguntó.

—Suel... Suéltame —respondió el enmascarado entre gemidos. Tarzán estaba sentado encima de él. No resultaba nada difícil mantenerle en el suelo.

En ese momento intervino el abuelo.

—¡Espera, te ayudo! —gritó—. ¡Aparta la cabeza!

Tarzán no comprendió lo que ocurría. El bastón le golpeó con fuerza en la espalda.

Un agudo dolor le recorrió el cuerpo, atravesando su pecho y quitándole la respiración. Sintió sus brazos paralizados.

Se fue dejando caer hasta quedar arrodillado en la nieve, luchando por recuperar el aliento.

—¡Qué fatalidad! —oyó la horrorizada voz del anciano—. Me... Me he confundido.

«Ahora se ha terminado todo», pensó Tarzán. «Acabarán contigo y también con el abuelo».



Aún seguía sintiendo los brazos entumecidos.

Vio cómo el segundo ladrón se levantaba.

—Larguémonos, Toni —dijo, dirigiéndose al más fuerte.

«Se van», respiró Tarzán. «Menos mal, ya habrán conseguido lo que querían».

Se alejaron rápidamente, corriendo como si les persiguiera el diablo. En las copas de los árboles los cuervos y los grajos graznaban asustados.

Pronto desapareció el entumecimiento de los miembros de Tarzán y sus fuerzas volvieron como si nada hubiera pasado. Se levantó de un salto, sacudiéndose la nieve del anorak. Luego se dirigió al anciano.

—¡Ojalá no lo hubiera hecho! Ya los tenía reducidos. Les habría desenmascarado si usted no me hubiera golpeado

en la espalda.

—Pero, muchacho —el anciano se sonó; su voz se oía débil y apenada—. No quería darte a ti sino al otro. Es que... ¡Ay, qué pena!, ya no sirvo para nada. Así pasa cuando se tienen ochenta años y...

No siguió hablando; metió su pañuelo en el bolsillo izquierdo de su abrigo, lo sacó de nuevo y lo volvió a meter, esta vez en el bolsillo derecho.

—Pero usted no aparenta 80 años en absoluto —dijo Tarzán intentando consolar al viejo.

Éste se enfureció de pronto.

—¡Esos ladrones! —gritó—. Vamos de mal en peor. Ni siquiera se puede pasear con seguridad por el parque. Iba a dar de comer a los pájaros, cuando, de repente, esos tipos me asaltaron. Parecía como si hubieran surgido de la nada, enmascarados. Querían robarme la cartera. Ah, allí está.

La recogió del suelo, examinando su contenido. Tarzán vio un grueso fajo de billetes.

El hombre iba bien vestido. El mango del bastón era de plata y su delgado rostro, unido a su afilada barbilla y a la nariz aguileña, le daban una noble apariencia.

—Soy el coronel Grewe —le dijo a Tarzán—. Naturalmente, estoy jubilado. Tu valentía me ha impresionado, hijo mío, y también cómo pudiste con ellos, que eran mayores y más altos que tú. ¿Cómo te llamas?

—Tar... pero... ¿qué digo? —se interrumpió a carcajadas—. Ése es mi apodo; iba a decir Tarzán. Lo oigo todos los días con tal frecuencia que incluso llegaré a terminar firmando así. Me llamo Peter Carsten.

—Me parece que te va muy bien el apodo de Tarzán —repuso el coronel.

Tenía toda la razón. Llevaba ese apodo porque podía trepar por una cuerda a la velocidad del rayo. Tal vez, también influyese su negro cabello rizado y el hecho de que siempre estaba bronceado. Era más alto y más fuerte de lo